

Fray Tomás Gómez fue nombrado visitador el 16 de junio de 1665. Su renuencia a aceptar el cargo no fue contemplada, por lo que salió de su monasterio de Nogales el 22 de agosto en dirección a Madrid. En la corte, visitó a los responsables de su nombramiento: el vicescanciller de Aragón y el nuncio y no pudo hacerlo con Felipe IV, que murió el 17 de septiembre de 1665. El 2 de octubre, Fray Tomás llegó a Valencia y, con su llegada, comenzaron los problemas. El relato de los hechos acaecidos desde su llegada hasta su marcha al monasterio benedictino de Montserrat a mediados de diciembre de 1667 ocupa catorce de los dieciocho capítulos en los que el libro está dividido. Es la parte más sustancial, ya que con toda meticulosidad se narran los avatares por los que discurrió la visita. Pero, ni los múltiples sucesos que se entremezclan ni la cantidad de personajes que desfilan, entorpece la narración, que es siempre fluida y su lectura amena. Es, pues, un relato bien trabado, mérito sin duda de los autores, pero, sobre todo, de quien se encargó de la redacción.

Desde el 3 de octubre hasta el 5 de noviembre de 1665, un mes entero tardó Fray Tomás en ponerse en camino hacia Valldigna. Esta tardanza obedeció a los múltiples problemas burocráticos que lo entretuvieron en Valencia y a los recursos que Fray Rafael Trobado interpuso contra la visita, amparándose en las bulas y privilegios singulares de los que disfrutaba Valldigna. El 6 de noviembre, Fray Tomás se presentó en Valldigna acompañado de un oidor de la Real Audiencia, un notario y protegido por cuatro alguaciles y ocho verguetas. Los monjes no le dejaron entrar ni ese día ni el siguiente y, además, fue excomulgado por el vicario general que, curiosamente, se encontraba realizando la visita ordinaria. Los reiterados intentos de iniciar la visita fracasaron ante la oposición de los monjes a abrirle las puertas de Valldigna, por lo que Fray Tomás tuvo que regresar a Valencia. A finales de noviembre, volvió a presentarse en Valldigna acompañado por los mismos personajes de su primer viaje y por la guardia a caballo del virrey. Entró en el monasterio y, si bien, los monjes no lo aceptaron como visitador, mandó capturar al abad, al síndico y a Trobado. De este modo se inició la visita que, tras avatares de todo tipo minuciosamente detallados, incluyendo el protagonismo que tuvieron las mujeres, acabó fracasando en 1670, cuando ya habían muerto Fray Tomás y Fray Rafael Trobado. Una visita extraordinaria, apostólica y real, cuyo responsable en último término fue el vicescanciller del Consejo de Aragón, que no previó o no pudo prever los problemas que surgirían debido a la numantina defensa que los monjes de Valldigna hicieron de lo que eran sus privilegios.

En definitiva, un libro excelente, de fácil comprensión para cualquier lector que, además, podrá disfrutar de un relato lleno de sorpresas, a veces esperpénticas, pero no por ello menos reales.

FRANCISCO PONS FUSTER

SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, Francisco, JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio, LOZANO NAVARRO, Julián J. (editores): *El Reino de Granada y la Monarquía Hispánica en el siglo XVII*, Granada, Editorial Comares, 2020. ISBN: 978-84-9045-965-2, 276 páginas

La introducción que abre el libro que comentamos está firmada por Bernard Vincent, indiscutible conocedor del Reino de Granada, lo que constituye un excelente pórtico para un esfuerzo colectivo sobre un siglo al que muchas veces me he referido como el verdadero siglo de la Edad Moderna, no solo por su ubicación en medio de esta, sino por el enorme interés de lo que en sucedió en él, aunque sean muchos quienes lo rehúyan por su palidez con respecto al brillo del siglo precedente. El reto de afrontar un período de enorme complejidad, de crisis,

sin duda, pero no para todos igual, como se demuestra en el libro, empieza por las fuentes –incluso el papel, la tinta y la letra son peores que en el siglo XVI...– y por la necesidad para quienes lo lean de desprenderse de la idea de un territorio de frontera recién incorporado a la Corona de Castilla. Es precisamente la Granada posterior a la expulsión de los moriscos, integrada en las estructuras de la monarquía y en el contexto de la reforma católica tridentina, lo que los editores han querido reflejar.

La obra dedica la primera de sus cuatro partes a la Iglesia, la segunda a la sociedad granadina, la tercera a la administración y el territorio, y la última a la relación del Reino de Granada con América. Podría haber seguido otro orden y seguiría siendo coherente por cuanto está traspasada por la voluntad de reflexionar sobre un período oscuro y complejo, y se ha hecho con solvencia y con resultados de gran interés a los que han contribuido investigadores senior y junior, profesores de historia moderna y de américa y archiveros. Esta complementariedad tiene una expresión instrumental y útil en las aportaciones referidas a la documentación disponible sobre el reino de Granada, como hace Francisco J. Crespo Muñoz en su capítulo, donde aporta información sobre la existente en Simancas, clave para la historia económica, social y política del reino granadino, en especial los fondos de Hacienda (“El Reino de Granada en el siglo XVII a través del Archivo General de Simancas: fuentes documentales y descripción archivística”, pp. 133-144). En tanto que Miguel F. Gómez Vozmediano pone a la luz la correspondencia familiar cruzada entre familias granadinas situadas a los dos lados del Atlántico, revelando lazos de sangre que se fortalecían mediante la tinta y el papel, y dando una imagen mucho más viva que cualquier otro tipo de documentos, aunque haya que interpretarlas con extremo cuidado metodológico (“El hilo de tinta que nos une. Correspondencia nobiliaria entre Granada y Nueva España en el siglo XVII”, pp. 199-220).

En cierto modo, las páginas de Francisco Sánchez-Montes González (“Los viajeros por el Reino de Granada en el seiscientos”, pp. 83-130) tienen el mismo carácter informativo y comparten esa viveza propia de la documentación narrativa: ver la Granada en “patente decadencia” a través de los ojos de los extranjeros europeos, sin duda es un privilegio, por muy subjetivas que fueran las impresiones de esos narradores, siempre condicionadas por la extracción social, la experiencia y la formación de cada viajero y por el objetivo de su viaje, como bien nos recuerda el autor. El trabajo de Andrea Arcuri obedece también a la observación de la realidad a través de un peculiar tipo de viaje, el de finalidad religiosa que se narra en las visitas pastorales realizadas por los arzobispos granadinos para ver por sí mismos –o mediante informantes a su servicio–, el estado de clérigos, templos y feligreses, y para dictar las medidas de corrección destinadas a afianzar el esfuerzo de reforma desde arriba posterior al Concilio de Trento en un territorio con pasado islámico reciente (“Disciplinamiento eclesiástico en la archidiócesis de Granada: una lectura a través de las visitas pastorales”, pp. 3-21).

Dos de los capítulos se dedican al colegio jesuítico de Granada, fundado en 1650, desde dos enfoques diferentes y por eso mismo están ubicados lugares diferentes de la obra. El de Julián J. Lozano Navarro aborda una cuestión siempre difícil, la de la financiación de los colegios jesuíticos; para ello hace una reconstrucción de las propiedades, rústicas en su mayoría –haciendas, cortijos, huertas–, y algunas urbanas –casas, solares– que junto con las rentas de juros y actividades mercantiles, eran la base de financiación de la institución granadina y permitieron la construcción de su magnífica sede (“La situación económica del colegio de San Pablo de la Compañía de Jesús en Granada durante el siglo XVII (1601-1710)”, pp. 23-46). Por su parte, el de Miguel Molina Martínez se ocupa del fondo de libros sobre territorios extra-europeos que tenía el colegio en su bien nutrida biblioteca y que, sin ser numerosos, demuestran la amplitud de intereses de la Compañía –historia, geografía, cosmografía, astronomía, medicina, derecho, teología–; el capítulo se basa en las ediciones anteriores a 1700 que

figuran en los inventarios del siglo XVIII y analiza las obras localizadas (“América y Extremo Oriente en la Biblioteca jesuita del Colegio de San Pablo de Granada en el siglo XVII”, pp. 239-256).

La relación con América está presente, de un modo bien diferente, en las páginas de Juan José Iglesias Rodríguez: empleando las escrituras de última voluntad de 1600 a 1730 custodiadas en los protocolos notariales gaditanos, el autor –gran conocedor de la movilidad– indaga sobre la procedencia de los migrantes –de la provincia de Málaga en mayor medida que de Granada y Almería–, hombres muchos más que mujeres, que se dirigieron a Cádiz y a su bahía –no a América– en busca de mejores condiciones de existencia, lo que demuestra dedicando atención a expresivos casos singulares, muy diversos en sus caracteres, como lo era el abanico de la migración (“El espejismo americano. Emigrantes del reino de Granada en el Cádiz de la Carrera de Indias (siglo XVII)”, pp. 221-238).

Siguiendo en la línea de la creciente importancia de los núcleos situados en la costa, cuya progresión será decisiva en el siglo XVIII, Jesús Rodríguez Gálvez se centra en una villa y puerto del reino de Granada, Motril, cuyos cambios demográficos, sociales, económicos y políticos le permitieron acceder al título de ciudad en 1651 –en pugna jurisdiccional con Granada–, lo que certificaba su prosperidad, basada en la producción de azúcar y de vino, y en su incremento poblacional, basado en la inmigración, en algunos casos muy significativa, como lo fue la de los genoveses (“De villa a ciudad: la transformación de Motril durante la primera mitad del siglo XVII”, pp. 65-81). Mientras, en Granada desarrollaba su red y prolongaba su estirpe una familia de origen judaico, cuya progresión social se produjo gracias precisamente a ese origen, a su parentela, a las estrategias matrimoniales y a cargos burocráticos en la Real Chancillería, lo que les facilitó el acceso a los mecanismos de presión; disponer de un amplio y rico patrimonio y entrar en el gobierno municipal hicieron todo lo demás, como sucedió con otras familias de ascendencia judaica (Javier García Benítez, “Familias de la ciudad de Granada en continuo ascenso. El caso de los Santa Cruz Bocanegra”, pp. 49-64).

Los dos capítulos que nos restan se refieren a un ámbito temático similar, el de la defensa, en dos niveles diferentes. Por un lado, Antonio Jiménez Estrella, experto en esta temática, estudia en sus páginas la debilidad del sistema defensivo del reino granadino en todos sus aspectos: desde la escasez de hombres –muchos menos que registrados en los papeles de la administración– a la sistemática falta de dinero necesario para las fortificaciones, pasando por el fraude, los abusos y las irregularidades de quienes intervenían en el sistema, de modo que la extensa costa, tan cercana a África, estaba desprotegida, mientras en el interior se mantenían grandes vacíos irresueltos (“Ejército y recursos en la costa del Reino de Granada en el siglo XVII: crisis de un modelo”, pp. 159-195). El contexto y el riesgo de esa indefensión, no solo de este territorio sino de los otros situados en la ribera del Mediterráneo, es lo que aborda Valentina Favaro, centrándose en las empresas militares desde Argelia a los Balcanes y en la defensa del catolicismo frente a herejes e infieles; la autora hace hincapié en la debilidad de la Corona después de la muerte de Felipe II, observada desde la perspectiva militar para entender la complejidad del equilibrio del gobierno dentro de una monarquía policéntrica en la que los poderes locales tenían una gran fuerza (“Los reinos mediterráneos y la defensa de la monarquía de Felipe III”, pp. 145-158).

El libro que hemos comentado forma parte de la rica producción bibliográfica del grupo de Historia Moderna de la Universidad de Granada, cuya consistencia está asegurada por las nuevas generaciones. La capacidad de convocatoria de expertos de otras universidades y otros centros de investigación españoles y extranjeros es una prueba de esa solidez.

OFELIA REY CASTELAO